

LA INQUISICION YA TIENE CONSENSO

UN sabio nazi descubrió la forma de operar el apéndice en cinco minutos menos de lo usual y otro la forma de cortar el cúbito y el radio con un simple bistur-sierra de bajo costo. El FBI detuvo a unos "gangsters" y la CIA se cargó a un dictador, para poner a otro enmascarado. Nosotros creíamos que el nazismo era una tiranía despiadada, sin defensa; que el FBI había sido creado para desarticular las fuerzas de izquierda y sindicales americanas; que la CIA luchaba con todas sus fuerzas contra la revolución mundial. Pero nos equivocáramos; habíamos caído en un imperdonable pecado de ligereza, globalismo y dogmatismo. Más nos valía, antes de crear nada y mucho menos de afirmarlo, el revisar detenidamente las cosas.

Los adaptadores interesados de la Historia siempre nos dan sorpresas y nos hacen bajar, avergonzados, la cabeza. En cuanto nos descuidamos nos acusan de maniqueos y nos hacen comprender, con gesto severo, que hemos sido víctimas de oscuras manipulaciones oportunistas por parte de historiadores románticos y exaltados. Legajo en mano, nos demuestran que eso de la oscuridad de la Edad Media es algo a considerar dos veces y que el feudalismo tenía sus atractivos, más o menos ocultos.

El racionalismo que honradamente creíamos un factor de progreso ha recibido serios palmetazos en su inteligente trasero y ya no hay quien se aclare. Hasta la Revolución francesa, que parecía indiscutible, ha sido declarada totalmente reaccionaria por los "nuevos filósofos" españoles. El positivismo y el mismo método dialéctico son tachados del peor garbanerismo habido y por haber. Lo espontáneo, lo intuitivo, que antes nos parecía, con Lukacs, un asalto a la razón y, por tanto, reaccionario, resulta que no: con la Historia en la mano intentan demostrarnos lo contrario. Si decimos algo sale a relucir Stalin y ya no hay más que hablar.

Bueno. Alguna vez tenía que llegar el consenso a la Inquisición, institución esta en que la honesta progresía nacional tenía puestas sus mejores ilusiones críticas. "Ah, la Inquisición —se regodeaban— aquí sí que les tengo cogidos a los carcas". Pero tampoco. Se equivocaba de medio a medio.

Al mismo tiempo que la muerte del Papa, concidía en la prensa otra noticia eclesidástica menor: la conmemoración del quinto centenario del establecimiento de la Inquisición en España y su celebración con un simposium de historiadores sobre el tema del Santo Oficio. Este hecho, mucho más local, erudito y aparentemente marginal, quizá no quede tan alejado como pudiera parecer. El Papa fallecido, que estaba mucho más cerca de Trento y de monseñor Escrivá que del Vaticano II, hubiera visto con buenos ojos esta revisión de un punto negro en la historia de la Iglesia. Máxime si tenemos en cuenta que el marco del simposium, Cuenca, es la sede de monseñor Guerra Campos, un obispo español que habría llegado con el tiempo a ser quizá el hijo predilecto de Su Santidad desaparecida.

RAMIRO CRISTOBAL

Leyendas negras

Cuando don Juan Antonio Llorente, afrancesado y liberal, escribió sus historias críticas del Santo Oficio, a principio del siglo XIX, razonó su publicación diciendo que la mejor forma de combatir la leyenda negra sobre España era adelantarse en criticar lo criticable. "Los literatos extranjeros —escribió—, acostumbrados a suponer en los españoles una aprobación y aun veneración afectuosa del Santo Oficio, han llegado al extremo de imputarnos que los autos de fe, en que se destinaban a las llamas muchos hombres y se infamaban las personas y familias de muchos más, eran las delicias de España. ¿Qué dirán si (cuando hay arbitrios de investigar la verdad con sana y libre crítica) les prometemos demostrar que la opinión nacional de los españoles no ha sido la que suponen, sino totalmente contraria?". Por algo se adelantaría el historiador a lo que, pensaba, vendría luego. Sin duda, estaba al corriente de la tendencia nacional, en uno y otro bando, de guardar en el fondo del baúl los trapos sucios. Y lo que es peor, dejar que, a la larga, contaminen el resto de la ropa.

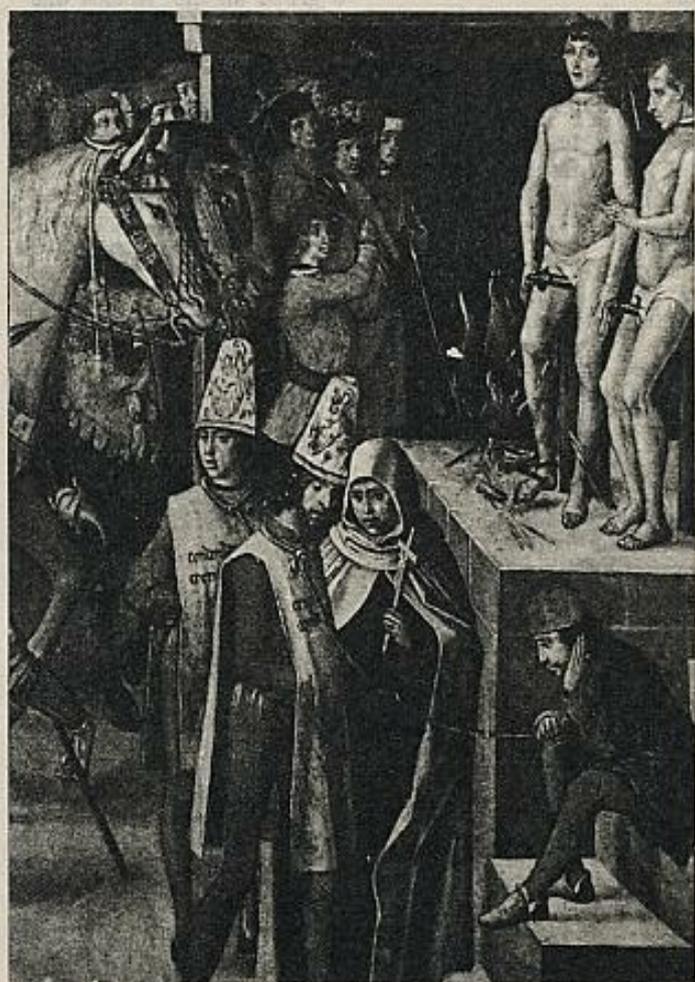
En este sentido se estaba imponiendo una revisión de esa afrenta secular, sentida por muchos, que se centra en el Santo Oficio y sus andanzas españolas.

Las opiniones de un archivero

Es increíble la de cosas que pueden sacarse de un archivo provincial. Al menos eso aseguraba hace unos meses en un programa radiado un cierto archivero conqueñense.

Según él, había muchos casos pocas veces estudiados y contemplados y volvía a la benevolencia de ciertos inquisidores españoles en casos de magia y brujería. Afirmaba tener en el archivo de Cuenca toda clase de pruebas en este sentido que pensaba poner a disposición de los señores historiadores durante el I Symposium Internacional que se celebraría en la ciudad con motivo del V Centenario de la implantación de la Inquisición en España. Según feliz iniciativa de los Reyes Católicos, en su lucha por lograr la unidad de España.

Llamaba la atención que la cosa hubiera sido organizada precisamente en Cuenca, sede de uno de los obispados más integristas de España. No sorprende tanto que en el acto inaugural se encontrase monseñor Guerra Campos, el cual, por cierto, dijo que la Inquisición está aún vigente porque a él no le dejan hablar de muchas cosas. La



Berruguete: "Santo Domingo presenciando un auto de fe".



Goya: "Procesión de disciplinantes".



Escena de brujas, de Goya.

verdad, nos gustaría que le levantaran la condición de relapso —autoadmitida— al señor obispo y nos dijera esas cosas que no le dejan decir. Tampoco sorprende que intervinieran en la semana, como soporte de algunos actos, ciertos organismos revitalizados por Guerra Campos, para que los curas y seminaristas conquenses se perfeccionen en los estudios trentinos.

Ya comprendemos que los historiadores no tienen nada que ver con todo esto y que las miserias del politiquero cotidiano les pilla a miles de años luz, pero nos permitirán que a los que nos ocupamos de otras cosas nos fastidie en una determinada medida esta manipulación que, si no hay ningún motivo para dudar de su honrado cientifismo, nos parece al menos oportunista.

Aparato policíaco

Fuera de lo expuesto, lo cierto es que las jornadas han sido de interés y los historiadores, en conjunto, han tenido una apreciable postura crítica con respecto al tema. La Inquisición era definida, durante las sesiones de estudio, como "un gran aparato policíaco represivo que buscaba la conservación de una sociedad teocrática cerrada". Se ha demostrado la importancia del Santo Oficio en la persecución de las otras religiones —judía, islámica— y en su insistencia en los delitos contra la "moral". Se ha hablado también de su relativa benevo-

lencia en lo concerniente a brujería y magia, delitos juzgados mucho más duramente en otras partes de Europa.

En otro orden de cosas se ha descubierto, supongo que sin demasiada sorpresa, la eterna dispersión de las fuentes nacionales, sea del tema que sea. En una de las ponencias se ponía de relieve la existencia en Londres de parte del archivo inquisitorial de Sevilla, papeles que van a ser sacados en una subasta de Sotheby's. Si a esto unimos que el citado Llorente se llevó a Francia parte de los archivos de la Inquisición aragonesa para escribir un libro nos encontramos con una buena labor a realizar por el Ministerio de Cultura.

Desde ahora, pues, el tema de la Inquisición española será más rico en datos y más exacto en sus estudios. Queda sólo por saber si conservará su fuerza porpagandística y si no habrá sido este —la relativización de la culpa— el fin perseguido por personas a las que no importa demasiado el fin científico. A veces, la ciencia es tan absoluta en su objetividad, tan inmutable, que puede tener efectos insospechados para lo momentáneo y lo pasajero. O lo que es igual, que ante la absoluta necesidad y carácter positivo de la investigación, hay que tener cuidado de quién se ocupa de la divulgación y en qué forma se presentan las cosas de cara a los no iniciados.

Hay razones de Estado que la ciencia no comprende. Afortunadamente para ella. ■